

Revancha, Kiko Amat

(Barcelona, Anagrama, 2021)

Estallan a carcajadas. Deduces que el plan del trío será cenar en Sitges o Barcelona, porque Castelldefels solo es un cadáver que se descompone, hotel a hotel, en un extremo del delta del Llobregat. Más tarde, de vuelta en la suite, él les pondrá un par de gordas sobre la mesa de cristal, que aspirarán primero una y luego la otra, y luego se las follará, ahora un coño y ahora el otro, mientras traga cápsulas de sildenafil y se sigue metiendo de un material cuya existencia ni siquiera debería conocer, y las chicas le limpiarán a lengüetazos de tanto en tanto, como gatitas que lamen un cuenco de leche.

Me parece que en este puto hotel se suicidó un actor americano, les dices a los otros, en el machino. Cómo se llamaba. Uno antiguo.

Qué, te dice el Cid. Se vuelve un momento hacia ti desde el asiento del copiloto. No se le ve muy bien la nursa, todas las luces del coche están apagadas, pero con más luz se distinguirían sus nodos hundidos, cada vez más secos y muertos, cuando erais ñatos no los tenía así, tenía los más bonitos del gol sur, limpios y claros, de un azul raro, como amatista. Con aquellos nodos impregnados de voluntad se camelaba a todo el mundo, empezando por ti.

Que aquí se... Da igual.

El Cid te da la nuca y vuelve a mirar hacia el hall del hotel.

Elías, el Microbio, sentado con las manos al volante pese a que lleváis una hora aparcados, se carcajea en voz alta y dice:

Al pijo ese le `amos a reentar el gulo, y a las butas las re`entamos tamién. ¡Las re`entamos!, grita. Luego vuelve a soltar su risita asquerosa. Como si tosiera, a-jó a-jó a-jó. A ti esa risa te resulta muy molesta. Y su acento es peor, habla como un perro que hubiese ido a clases de dicción

pero a una mala escuela. La mayoría de las veces cuesta descifrar sus exabruptos, y eso que venís de lugares parecidos, tú y él.

(pp. 13-14)

Los Moreno se vienen hacia tu machino, andan con los pies hacia fuera, los demás acompañan al Cid al otro machino. Los hermanos se montan de nuevo en el asiento trasero, cada uno entra por una puerta. Te pones al volante. Por galones podrías hacer que te condujeran de aquí para allí, como al Cid, pero no te da la gana. Miras por el retrovisor: dos caras iguales, pelirrojas. Nodos bovinos, cutis Besós. Giras la llave en el contacto, el motor empieza a rugir, les dices Hey, ¿quién es el original y quién la fotocopia? A ti te falta tóner, Izan, dices, dando un golpe de mentón y mirando a uno de los dos.

Soy el Iker, joer, Amador, te dice, riendo. El hermano también ríe. Hace falta muy poco para hacerles reír. Podrías haberte ahorrado el ingenio y soltado un cuesco.

¿Gué es el tóner, nen?, dice Izan, sin ironía, juntando los rasgos en el centro de su nursa.

Haces descender la ventanilla de tu lado pulsando el botón del volante. Observas una última vez la entrada del local. Varias de las inglesas te miran, se pegan codazos, te sonrían con sus dentaduras de pobre. Por desgracia, tu acera no es su acera. Les sonrías. Buenas noches, señoritas, dices en voz alta.

¡Señouridas! ¡Oulé!, te grita una que parece llevar un vestido confeccionado con un solo cordel de seda, una de las sijas se derrama fuera, va para lanzarte un beso aéreo con la palma, pero entonces se le dobla un tacón y se va de morros al suelo. Sus amigas se carcajean.

Pones primera. Subes la ventanilla. Un dedo se te va a la radio, ibas a pulsar el play, pero de golpe recuerdas que estabas escuchando el «All Night Long» de Lionel Ritchie. La andabas cantando esta mañana por la Ronda Litoral, antes de recoger a los Moreno en Badalona. Tu dedo se congela en el aire. Lo haces descender, colocas la mano sobre el cambio de marchas.

Eh, Amador, te dice uno de los mellizos.

Qué, dices tú, sin mirar por el retrovisor. Giras el volante con la palma de una mano, a la izquierda, cambias de carril sin señalizar, se oye un frenazo, y otro, luego un claxon, alguien grita, ni te inmutas.

Gue dice tu hermano que mires el wolki de'ez en guando. Que t'ha estao mandando uasaps.

Okei, dices.

Me gomería un suarma, dice el otro mellizo, mirando por la ventanilla hacia el menú de fotos de un kebab. ¿Gué dices, gue no?, dice.

En el primer semáforo antes de la Ronda Litoral aprovechas para echar mano al wolki. El idiota de tu hermano tiene razón: no lo miras nunca, se te olvida que existe, el Cid te mete la bronca cada dos por tres. Veamos. Código, nose cuántos SIM, desbloquear, ya se abre el iPhone. Whatsapp. Jesús, ¿necesitábamos todo esto? A ver, abrir también. Ahí está la nursa de tu hermano, enmarcada en el perfil. Pómulos pilosos, párpados de fumeta. Abres el chat.

Primer whatsapp: Loko k el papa esta mal k bengas a verle.

Y otro, de media hora después: Hola?

Y otro, a los dos minutos del anterior: un emoji burlón, que guiña ojo y saca lengua.

Suspiras.

Eh, hermanos Hanson, iros bajandico, dices, mirando por el retrovisor y deteniendo el machino en doble fila, sin señalizar, y abriendo los cierres de las puertas. Ambos bufan. Uno de los dos dice De qué vas, Amador. El otro dice *¿Jansong?*

Voy de que tiro pal Llobregat, payasos. Buscaros la vida, les dices. ¿Tengo nursa de peseto o qué?

(pp. 82-84)